

Salud, prosperidad y fe por Pepo Toledo 12NV2020 www.pepotoledo.com

Puedes descargar este estudio completo sin costo en este sitio: [//toledopepo.academia.edu](http://toledopepo.academia.edu)

© Copyright. A menos que se indique lo contrario, todos los versículos usados en este estudio son de la *Biblia* versión *Reina-Valera Antigua (RVA)* escrita en español de la época. No le sorprenda al lector encontrar palabras que sin cambiar su significado ahora se escriben con variantes, así como diferencias en el uso de acentos. Todo ello en favor de usar la versión más antigua y fiel posible, libre de derechos de autor. Este texto puede ser compartido libremente citando la fuente.



Relieve de la serie “Ángeles” por Pepo Toledo.

El término bienaventuranza o bien el concepto de felicidad fueron evolucionando con el paso de los siglos, entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, pasando de un enfoque en bienes terrenales a bienes eternos. El *Antiguo Testamento* habla poco de la vida eterna. De hecho, los saduceos en época de Jesús no creían en la resurrección de los muertos.

El cambio de valores se establece con Jesús. Así comienza un nuevo concepto de felicidad asociado al gozo de la relación con Dios y la expectativa de la vida eterna. Este concepto espiritual de felicidad dura siglos hasta la llegada de la época moderna, marcada por la Revolución francesa en 1879. Los valores se

invierten y la felicidad se asocia al progreso material, ya sea en lo personal como en la sociedad. Para que funcione, el concepto viene aunado a ignorar el dolor, darle la espalda a la realidad de la muerte y por supuesto a la vida eterna.

Veamos el caso de Abraham. Fue el primer creyente en recibir un llamado de Dios, quien le prometió tierra y descendencia. Dios se reveló a Abraham, quien tuvo una visión de su gloria (*Hechos 7:2*). Esta revelación inicial fue acompañada de una medida inicial de fe (*Romanos 12:3*). Abraham obedeció y por la fe salió al lugar que iba a recibir como herencia sin saber a dónde quedaba (*Hebreos 11:8*). Las palabras claves son llamado, revelación y obediencia. Abraham creyó y le fue imputado a justicia (*Gálatas 3:6-7*).

La fe no es un sentimiento que depende de nosotros mismos. Es un don que Dios nos da con una medida inicial. La sustancia de la fe es la revelación de Dios. En esa época Dios se revelaba a los hombres directamente o por medio de los profetas. Actualmente la revelación de Dios está en su palabra. Ese es el objeto de nuestra fe. La fe es la respuesta a esa revelación. Practicar la palabra. Abraham obedeció a Dios y se apropió de sus promesas.

El diablo conoce las escrituras, la revelación de Dios, pero no la aprueba. Cree en su existencia. Usa su conocimiento para distorsionarla y llevar almas a la perdición. Usó la palabra de Dios para tentar al propio Jesucristo (*Mateo 4:1.11*). Cristo lo venció con la misma palabra. Quien no conoce las escrituras, es fácil presa del diablo. Pero hay quienes la conocen y no la practican, son adoradores en espíritu y no en verdad. Van a la iglesia a darse golpes de pecho y luego salen al mundo a pecar. En cierta forma se parecen al diablo. Conocen la escritura y no la practican. La fe es lo contrario: conocer la revelación de Dios, estudiar su palabra, y vivirla.

Dios nos bendice en la tierra y en el cielo, en esta vida y en la otra. Lo mismo sucede con las maldiciones.

Dios bendijo a Abraham en todo (*Génesis 24.1*). A pesar de ser un hombre sumamente rico, Abraham comprendió que el cumplimiento de la promesa era Dios mismo.

Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (*Filipenses 3:20*). No es en la tierra donde las recibimos.

La mayor bendición es el amor de Dios quien nos da por gracia acceso a la salvación. La máxima expresión de este amor es haber dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (*Juan 3:16*).

La salvación es por fe, no por obras, para que nadie se gloríe (*Efesios 2:8-9*). El diablo siempre nos ha tratado de convencer de lo contrario. En el *Antiguo Testamento* el pueblo de Dios ponía énfasis en las obras. Creían que las personas

prósperas eran bendecidas por Dios por su buen comportamiento y los pobres lo contrario.

No había énfasis en la fe, pasando por alto a grandes personajes de campeones en ella. Noé, Abraham, Moisés, Daniel, Job y otros.

Debemos siempre tener en cuenta que el común denominador entre el *Antiguo* y *Nuevo Testamento* es la fe.

Los predicadores de la prosperidad (movimiento Palabra de Fe), lejos de enfocarse en las bendiciones espirituales, hacen su mejor esfuerzo por vendernos la idea de que la preocupación de Dios es hacernos felices en esta vida. Esto, volviendo al enfoque de felicidad asociado al progreso material. Tergiversan el concepto de la fe. Te venden una fe subjetiva, que depende de tus sentimientos, en contraposición a una fe objetiva en el conocimiento y la práctica del Evangelio. Todo lo que tienes que hacer —afirman— es tener fe y obtendrás salud y prosperidad. El evangelio que pregonan es permisivo para atraer más adeptos.

Predican el panteísmo, que sostiene que Cristo fue un ser humano como tú y yo, que supo aprovechar su potencialidad espiritual. Somos hechos a imagen y semejanza de Dios. Esta enseñanza la tergiversan y sostienen que Dios creó el mundo a través del poder del decreto y nosotros tenemos ese poder divino. Sostienen que lo que pensamos y decimos lo materializamos, declarando y decretando como si tuviésemos autoridad divina. El verdadero nombre de Dios es “Yo soy” (*Éxodo 3.14*). Al pronunciarlo, manifiestan que entenderás que Dios es en ti, tú eres en Dios y todos somos uno. Por lo tanto, —afirman—, somos dioses. Pequeños dioses. Esta es la falsa doctrina que defienden. Es una mancuerna: salud y prosperidad declarando y decretando.

Te ofrecen que si tienes suficiente fe recibirás salud y riquezas. Si no resulta, te echan la culpa. La causa, no tuviste suficiente fe. Siempre tratan de salirse con la suya. Los que con seguridad se enriquecen son ellos. Son un pésimo testimonio para el evangelismo. La fe se ha puesto en el hombre, no en Dios. No existen fórmulas mágicas para cambiar tus circunstancias. Al decir yo soy, declarar y decretar como un “diosito” con intención de cambiar tu futuro estás haciendo a un lado a Dios e idolatrándote a ti mismo. Dios prohíbe la idolatría (*Éxodo 20:4-6*) y la castiga duramente (*Deuteronomio 7:2-6, Jeremías 44*). La fe genuina es la contrapartida del hombre a la fidelidad de Dios. Sin fe es imposible agradecerlo (*Hebreos 11:6*).

Los milagros siguen ocurriendo hoy y podemos pedir a nuestro Padre que los haga realidad. Dios puede sanar a las personas y lo hace en respuesta a nuestras oraciones. El problema es cuando te hacen creer que ese es el patrón para todos los casos. Dios ejerce su soberanía. No es su voluntad sanar a todas las personas. Es imposible que crezcamos y seamos formados a imagen de Cristo sin padecer sufrimiento.

El amor y misericordia de Jesús lo movían a sanar a las personas. Pero su intención, dicho por él, era glorificar a Dios (*Juan 17:4*) trayéndonos a sus pies (*Mateo 28:19*).

Jesús sanó a la suegra de Simón. Por la noche toda la ciudad acudió a la puerta y sanó y liberó a mucha gente (*Marcos 1:29-30, 33-34*). A la mañana siguiente se levantó y se fue a un lugar desolado para pasar tiempo con su padre (*Marcos 1:35*). Y cuando regresa a la casa, otra vez se juntó una multitud frente a la puerta. *Marcos 1:37-38*. ³⁷ *Y hallándole, le dicen: Todos te buscan.* ³⁸ *Y les dice: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido.* Entonces se va y no sana a la gente. Y eso no significa que su corazón se haya endurecido, sino que el propósito de su venida fue traernos palabra de arrepentimiento y fe.

“Si tienes suficiente fe, Dios te sanará” repiten una y otra vez los predicadores del movimiento Palabra de Fe. Esto no es cierto. En *Juan 5*, Jesús sana al paralítico de Bethesda. Se acerca a él y le pregunta: “¿Quieres ser sano?”. Era un hombre que ni siquiera sabía quién era Jesús y por supuesto, no tenía fe. Qué no decir del gadareno, que estaba endemoniado (*Lucas 8:26-39*). ¿Puede un poseído tener fe?

Mucha gente comete el error de pensar que Dios es como nosotros. Leamos *Salmos 50:21*. *Estas cosas hiciste, y yo he callado: Pensabas que de cierto sería yo como tú: Yo te argüiré, y pondré las delante de tus ojos.* El problema que tienen estas personas es que la escritura nos enseña que Dios es soberano.

El pastor Phil Johnson de Grace Community Church afirma que Cristo fue crucificado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios. Fue su plan. Él lo decretó así. Pero en el mismo versículo dice que Cristo fue crucificado por manos de inicuos. ¿Fueron responsables? ¿Fueron culpables? Sí, absolutamente. ¿Dios lo decretó? ¿Era parte de su plan? Sí. Pero él no es responsable de la maldad. Él recibe el crédito por la bondad y la gloria que nacieron de este horrible acto. Y es así como Dios obra soberanamente, incluso en medio de la maldad. *Génesis 50:20*. *Vosotros pensasteis mal sobre mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.* ⁱ

La voluntad de Dios siempre es por nuestro propio bien. Dios ha decretado soberanamente que pasará lo que tenga que pasar. Y eso incluye el sufrimiento, las calamidades, las enfermedades y la muerte. *Hebreos 12:6*. *Porque el Señor al que ama castiga, Y azota a cualquiera que recibe por hijo. Permitiendo que nos afecte la enfermedad.*

Dios fue quien le dijo a Satanás: “¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él?” En medio de la tribulación, Job responde, humildemente: *Job 1:21*. *Y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá. Jehová dio, y Jehová quitó: sea el nombre de Jehová bendito.* Hoy le dirían a Job: “Lo que

te sucedió fue porque no tuviste suficiente fe”. No fue su fe, la que le trajo ese sufrimiento. Job sufrió porque era un hombre bueno.

Muchos se preguntan por qué Dios permite que a gente buena le sucedan cosas malas. La verdad es que eso sucedió una sola vez, cuando Cristo voluntariamente dio su vida en la cruz por nuestros pecados.

ⁱ American Gospel, Christ Alone. Dirección de Brandon Kimber.